

Leopardi porque no veía el mundo con la desesperación del gran poeta romántico. Levi afirmó que se sentía bien en el mundo. Preguntado una y otra vez por su judaísmo, Levi responde que se siente más italiano que judío porque sionista no lo ha sido nunca. Se definió como judío por «pertenecer a una tradición y a una cultura», datos que corresponden a la historia y a la discusión. Es un terreno en el que podemos llegar a un acuerdo o incluso a cambiar de ideas, pero difícilmente en una discusión con un musulmán podremos convencerle de que Mahoma no fue el profeta de Alá. No hay manera, o hay cisma. Pero a un cambio, intelectualmente deportivo, no se llega nunca. Sin embargo «tradición e historia» son términos con los que uno puede tratar. La historia le puso a Primo Levi un número en la piel, para que no pudiera olvidar: 174.517. Y este director técnico de una fábrica de resinas y pinturas en Settimo Torinese se puso a investigar a *posteriori* sobre la cultura hebrea, sin duda impelido por la necesidad de saber, de conocer qué había llevado al pueblo alemán y, muy especialmente al partido nazi, a tratar de aniquilar a los judíos (y no sólo a ellos). El elemento irracional, tan ajeno a la mentalidad de Levi, estalló manchándonos a todos. «Desconfío de todas las ausencias de la razón», afirma Levi

en sintonía con Valéry, y es fácil deducir de aquí su elogio del trabajo, de los oficios, en contra de la idea del trabajo como un mal. El trabajo representa para Levi el manejo de la razón y la producción de objetos o procesos sociales. Es cierto, no todo trabajo ni toda producción son positivos, y no hay que recordar los conceptos del trabajo como alienación porque Levi no lo ignora, sólo que ve que esencialmente no es una maldición sino un modo de afirmación personal. Imagino que una película como *Le trou*, del cineasta francés Jacques Béker, habrá despertado su admiración, no sólo por su perfecto valor narrativo, tan presente en su propia obra como en la de su admirado Italo Calvino, sino por el gran elogio que se hace de la destreza humana, lo que podríamos llamar la razón manual, que es, claro, un manejo de la razón. Pero hay algo más: «En el trabajo, nos dice, encontré una imagen conradiana de la vida», la aceptación de las responsabilidades con miras a un cumplimiento.

Pero no todo es tan claro. En cuanto a su propia literatura, y aquí se aparta del Valéry que le he atribuido, afirma que es «incapaz de autoanalizarse, mi trabajo es un trabajo nocturno, confiado a menudo al inconsciente». Sintió una ligera antipatía por Borges y por Dostoievski (a este último por su confu-

sa manera de escribir) y hubiera escogido como padre a Rabelais (Henry Miller también). Proust le parece aburrido y Kafka, al que reconocía su genio, le inspiraba sentimientos ambivalentes. Sólo leyó dos libros de Balzac, «porque nuestra vida es demasiado corta para leer a todo Balzac». Son afirmaciones y negaciones curiosas, indiscutibles porque no tratan de conformar una historia de la literatura sino expresar sus gustos. Afirmar que nuestra vida es demasiado corta para leer todo Balzac supone que ese tiempo que no dedica a Balzac está leyendo o haciendo cosas maravillosas, y todos sabemos que la vida verdaderamente sólo sirve para perderla en lo que a uno le gusta, sea Balzac o Primo Levi.

François Jullien (1951), profesor de filosofía y estética chinas en París es autor de varios libros de interés, entre ellos *Fundar la moral* (1995), traducido a nuestra lengua por Héctor Subirats. *Elogio de lo insípido (Eloge de la fadeur)*, Ed. Siruela, ha sido vertido al español por Anne-Hélène Suárez, a la que debemos varias notables traducciones de poetas chinos, además del francés y buena conocedora de la literatura oriental. ¿Qué es lo insípido para la cultura china? En chino es *dan* y significa al mismo tiempo insipidez y desapego interior. Lo insípido está lejos de ser la carencia

de sabor de la vida o lo aburrido, que es lo que designa en la cultura occidental. Decimos que algo es insípido porque carece de gracia. Pero esta noción taoísta implica una neutralidad que une los distintos aspectos de lo real, no se opone y separa sino que es el nexo, algo así —aventuro— como el espacio que posibilita la aparición (Mallarmé). Es admirable la definición que hace Jullien del término: «el signo insípido es apenas un signo: no una ausencia total de signo, sino un signo que está vaciándose de sí mismo, que empieza a ausentarse». También provoca mi admiración este dato: Wu Ked, crítico literario de principios del siglo XII pensó que el gran poeta Tu Fu (dinastía Tang) «fue brillante y floreciente en su juventud, antes de volverse, con la edad, llano e insípido»; «toda literatura empieza siendo brillante y floreciente para tornarse luego llana e insípida». Pareciera que oímos a Eliot o tal vez a Borges; éste último habló de que algunos poetas son barrocos en la juventud y acaban siendo clásicos en la vejez (él mismo, por ejemplo). Este signo, afirma Jullien, no trata tanto de representar como de des-representar. Es decir que está llamado a trascender lo afirmativo y lo negativo, el placer y la pena, y, por lo tanto, sujeto y objeto, origen de esos dualismos. Esta estética de lo insípido invita, pues, a la vía media de la

escuela búdica Madhyamika) que no significa la negación de las pasiones, de los deseos ni en definitiva de este mundo, sino su relativización: ni el ser ni el fenómeno. Si no he entendido mal a François Jullien, la noción de lo «insípido» tiene mucho que ver con el «vacío» taoísta, tal como lo muestra, entre otros, François Cheng en el campo de la pintura china en su libro *Vacío y Plenitud* (publicado también por Siruela, 1993) o alguien menos docto, pero sabio y divertido, Lin Yutang en su archiconocido *La importancia de vivir*.

Entre otras muchas cosas, admiro a Claude Roy por su alto sentido de la amistad, como evidencian sus libros de memorias y diarios, además de por un libro precioso de y sobre el poeta chino Su Dongpo, *L'ami qui venait de l'an mil*. En la última de sus obras (*Chemins croisés 1994-1995*, Gallimard, 1997), Roy hace varios retratos de amigos suyos, Kostas Papaioannou, Nathalie Sarraute, Héctor Bianciotti, Jean Tardieu, Paz y otros muchos. Los dos, Claude Roy y Octavio Paz, ya no anda por esta Babel de encuentros y desencuentros que es nuestro tiempo. Por ello quiero traducir en estas páginas, fragmentariamente, el retrato que el escritor francés hace del poeta mexicano: «No hay muchos Octavio Paz. Recibo esta mañana *Itinerario*. El que aquí revisa su vida intelectual y política no

es otro que el muchacho que camina a través de su pasado y las calles de México en el poema *Nocturno de san Ildefonso*. Son los mismos acontecimientos, la misma época, los mismos errores, los mismos horrores del siglo y el mismo coraje conquistador de la verdad. Es la misma voz, pero no el mismo tono. Paz el historiador de sí, el analista del transcurso, y Paz el poeta, Paz el espíritu crítico y Paz el inspirado: un solo hombre, pero dos modos. El ensayista historiador, el autor de esa radiografía de México que se llama *El laberinto de la soledad* o de *Une planète et quatre ou cinq mondes*, el mundo comprendido entre los brazos, es la sangre fría penetrante de la inteligencia. El poeta que vive en el mismo escritor supone la explosión de la visión interior. Ellos hablan de la vida misma. No hablan del todo la misma lengua. El Paz intelectual es simplemente uno de los hombres más inteligentes de su época, una cabeza bien formada entre otras. El poeta Paz es, como todos los poetas verdaderos, a la vez único y el mismo poeta, de siglo en siglo, desde el autor sumerio de Gilgamesh hasta el autor mexicano de *Piedra de sol*.

Sea de una calma lisa y pensativa o en el calor de un debate de ideas, Octavio Paz ofrece el sentimiento de una corriente continua de intelecto ágil. Tras sus ojos claros en un rostro hispano-indio pasan y pasan

olas de observaciones, de reflexiones, de emociones. En la estación de las lluvias en san Ángel, cuando el chubasco se detiene, Octavio señala: «Mira, un pájaro. Va a reinventar el verano», y el sol surge al instante, gracioso golpe de magia. Con Kostas Papaioannou, el amigo que el destino nos ha robado, Octavio mira el emparrado de uvas negras y dice: «Mira, la condensación de la noche».

¿En qué piensa Octavio? Es en ocasiones tan rápido y difícil de atrapar como una centella sobre el yunque del herrero. El día en que nos reencontramos por azar, ambos separados y juntados por una tormenta, corriendo hacia el abrigo de una puerta cochera, Octavio me interroga abruptamente, «¿Qué piensas de Sexto Empírico?» (Vergüenza: yo ignoraba a ese príncipe de los escépticos griegos). O bien, habiéndonos alejado por un pequeño tiempo, también de improviso, te arroja: «¿No estás de acuerdo? No se puede ser sino politeísta». (Seguido, es verdad, de largas conversaciones sobre las religiones de los orientales, indios, chinos, amerindios...). Nos reencontramos, tras un año de ausencia: ¿Te acuerdas del jaikú de Buson, a menos que sea de Basho, en el que hay una golondrina muy vivaz y una barcaza muy lenta?» Y, sin transición, pregunta qué se piensa sobre la exposición de pinturas inspiradas por la teoría del

caos o sobre los poemas póstumos de Michaux. Pero no tarda en bifurcarse rápidamente acerca de los amigos que hace tiempo que no ha visto, porque, como se dice en México, es «muy amigo de sus amigos», amigo de la vida vivida, de la inasequible vida que Paz el pensador desearía comprender y que Paz el poeta captura, celebra, canta, encanta.

Que él canta incluso cuando le desencanta y le conduce a desencantar, como relata una parte de su itinerario Hay tanto de delicadeza como de honestidad en la evocación que Paz hace de esta alianza entre la pasión por la justicia y la esperanza política que él retrotrae a los comienzos de la guerra de España (...) Octavio va a descubrir a los camaradas que dicen «Yo no comprendo las razones del pacto germano-soviético, pero las apruebo». Uno de nuestros amigos comunes añadió incluso: «No soy intelectual. Soy un poeta». Se trata de una concepción de la poesía que Paz no ha compartido. [...] Cuando se toma uno de los temas del itinerario de Paz, tal como lo desarrolla en sus resúmenes autobiográficos y como los trata en sus poemas, se pondera la notoria apertura de estilo del escritor. El pensador se impone la calma de la objetividad, se describe sin gritos, se juzga sin pasión. El poeta descende a las grutas profundas con una antorcha en la mano.